



LA ECONOMIA GLOBAL CONTRA LA ECONOMIA LOCAL

Ponencia de Edward Goldsmith

De momento, debería estar claro que nuestro entorno es cada vez menos capaz de sostener el creciente impacto de nuestras actividades económicas. Por todas partes los bosques están desforestados, las tierras de cultivo sobreexplotadas, los acuíferos extenuados, los recursos marinos casi agotados, y concretamente todo el entorno terrestre y marítimo está contaminado con venenos químicos y radiactivos. Aún peor (si es posible) nuestra atmósfera se está volviendo cada vez más incapaz de absorber los gases que agotan el ozono o los que producen el efecto invernadero, gases que están generados por nuestras actividades económicas que crean nuevas condiciones climáticas a las cuales el hombre no puede adaptarse indefinidamente.

En tales condiciones, solo hay una manera de mantener la habitabilidad de nuestro planeta, y es reducir metódicamente el impacto de nuestras actividades económicas. Desgraciadamente, si embargo, ese proceso al que denominamos "desarrollo económico", al cual estamos totalmente atados, implica aumentar sistemáticamente este impacto.

Esto implica que solo podemos mantener la habitabilidad del planeta cambiando la dirección en la que se mueve nuestra sociedad. Este es un objetivo importante, puesto que significa modificar nuestra sociedad organizada, atomizada, como ahora, hacia una organizada en corporaciones e instituciones de gobierno que, por su propia naturaleza, estén comprometidas con el desarrollo económico. También significa modificar la visión del mundo en la que hemos estado imbuídos, una visión que se refleja fielmente en los paradigmas de la ciencia y de la economía moderna, a la luz de los cuales el desarrollo económico es visto como proveedor de una verdadera panacea para todos nuestros males, sean estos biológicos, sociales, ecológicos o económicos. En vez de esto, deberíamos tratar de crear una sociedad descentralizada en la que la actividad económica sea dirigida a una escala mucho menor, usando métodos de producción menos energéticos y que utilicen los recursos de manera menos intensiva, para abastecer un mercado local, o a lo máximo regional. Una sociedad que esté empapada de una visión del mundo en la que el bienestar humano esté asegurado por la conservación de nuestro medio ambiente social y ecológico.

Todo esto ha estado bastante claro para los más concienciados miembros del movimiento ecologista desde sus inicios en los años 60, pero muchos de ellos no lo manifestaron explícitamente, por miedo a ser ridiculizados, especialmente durante la euforia tecnológica y económica de la era Reagan-Thatcher. Sin embargo, la situación ha cambiado repentinamente, y está cambiando tan deprisa que, como trataré de demostrar, el desarrollo de tal sociedad se va a necesitar, no solo por razones ambientales, sino para prevenir la desintegración de la sociedad, el hundimiento del estado y el colapso de la economía formal.

Desde el punto de vista de la habitabilidad de nuestro planeta, esta es ciertamente una buena noticia, pues significa que la justificación de la economía localizada no necesita ser exclusivamente medioambiental, un argumento que la mayoría de la gente encuentra distante y abstracto, sino que se puede hacer socioeconómico y por lo tanto está más directamente relacionado con sus intereses cotidianos.

El problema socioeconómico más evidente que se ha agudizado es el crecimiento del desempleo. Hoy (agosto de 1993) hay 17 millones de desempleados en la CE. De acuerdo con los comisarios europeos (Bernard Cassen, 'La Societé Sacrifiée au Libre Echange', *Le Monde Diplomatique*, julio, 1993) se



espera llegar a los 19.2 millones a finales de este año y a 24 millones al finalizar el año 1994. En la Europa del Este era solo el 3.4% en 1989 pero con la apertura de la zona al mercado libre, el desempleo ha escalado y se espera que crezca hasta un 20% durante el año 1994. En Africa Subsahariana, ya alcanzaba el 18 por ciento en 1980 y se predice que llegará al 31% en el año 2000. De este modo tenemos un problema global -excepto en el Suroeste asiático, una zona donde se está fraguando un boom económico temporal- con unos terribles costes sociales y ambientales. De acuerdo con el Dr Mahhub Ul Haq, que ha publicado recientemente el 4º Informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano, se necesitarán, en todo el mundo, más de 1000 millones de nuevos puestos de trabajo y no está claro como se va a conseguir.

Hoy se atribuye este problema a la recesión, y de esta manera al lento, y en algunos países negativo, crecimiento del PNB. Pero esto no es realista, pues hace 20 años que se tiene claro que el crecimiento económico no podría proporcionar empleos a la escala requerida. Un estudio de la OCDE de 1973, por ejemplo, concluía que para eliminar el desempleo y el subempleo en la India dentro de una década, se requeriría un crecimiento de un 30 o un 35% anual, a todas luces imposible.

Un estudio de la Organización Internacional del Trabajo, (F.A. Metha, *Employment, Basic Needs and Growth Strategy for India*, Ginebra, OIT, 1976) hacía énfasis en que "no hay la menor esperanza de que la economía occidental pueda crear las bases para asegurar empleo para los más de 184 millones de desempleados de la India durante los 27 años que quedan hasta el año 2000. El mismo Banco Mundial reconoció esto ya en 1972 (ver World Bank Development Review, 1972). "Ninguna tasa imaginable de crecimiento de la industria o los servicios puede absorber esta provisión de trabajadores". La única solución, mantenía el informe, era el "desarrollo rural", que fue el tema principal de las campañas durante el período McNamara. El desarrollo rural, sin embargo, fue solo un sueño, puesto que por su naturaleza económica, el desarrollo, la meta global del Banco, solo pudo llevar el vacío a las zonas rurales y la rápida concentración del grueso de la población en grandes barriadas urbanas. Revitalizar las áreas rurales, si era eso lo que el desarrollo debía hacer, hubiera significado dar la vuelta al desarrollo económico, lo que estaba fuera de toda cuestión.

Al fin los políticos occidentales se están dando cuenta de que no es solo un problema del Tercer Mundo. En Europa, el crecimiento económico, que se está volviendo cada vez más difícil de alcanzar, también está demostrando cada vez menos capacidad de suministrar los puestos de trabajo necesarios. En Francia, por ejemplo, de acuerdo con la Comisión Europea, aún con una tasa de crecimiento de un 2.4 por ciento, el desempleo aumentará desde el 10% de 1993 al 12.6% en el año 2000- una predicción conservadora, pues en el momento de escribir esto la tasa de desempleo ya ha alcanzado el 11.5%. La seriedad de la situación solo se puede apreciar realmente si consideramos que significa simplemente pobreza material. Un empleo en una sociedad industrial provee algo más que beneficios materiales. También proporciona a la gente, que en una sociedad atomizada ha sido despojada de una familia ampliada y una comunidad cohesionada, un entorno social sustitutivo y, por tanto, un sentimiento de seguridad, una identidad, y todo esto es psicológicamente difícil de prescindir.

No es sorprendente que el desempleo prolongado, y no olvidemos que hoy en la CE el 50% de los parados lo están durante varios años, lleve a toda clase de desviaciones sociales. Las rupturas matrimoniales son las más obvias ya que los maridos desempleados tienden a descargar sus frustraciones y pérdida de autoestima con sus esposas y familias. También conduce a la elevación de las tasas de alcoholismo, drogadicción, y otros males por el aislamiento de las víctimas de un entorno que ha dejado de satisfacer las necesidades psicológicas básicas, así como también a la elevación de las tasas de delincuencia y criminalidad que proporciona una nueva salida a las energías de todos aquellos que no tiene lugar en la economía formal. No es casualidad que la incidencia de todas estas



conductas aberrantes esté aumentando rápidamente, ni que sea la más alta entre los adolescentes, especialmente aquellos de grupos minoritarios entre los que el paro es particularmente alto.

Como avisó ya en 1975, Hubert Hill, de la Asociación Nacional para el avance de la Gente de Color (NAACP) (*Time Magazine*, 17 de marzo de 1975) "La desastrosa tasa de desempleo entre los jóvenes negros es el factor más explosivo entre las múltiples causas de malestar social". Los recientes disturbios de los Angeles solo pueden servir de recuerdo espantoso de las advertencias de Hill, y poca gente puede suponer que serán los últimos y que se ceñirán a Estados Unidos. Ciertamente, la Comisión Europea admiten ya que las tasas de paro que se predicen en la CE plantean un desafío al "buen orden" y a la "cohesión social". El porqué el paro está aumentando es bien conocido, pero generalmente no se aprecia hasta qué punto es inevitable si continuamos con nuestro desarrollo económico y, por tanto, cuán drásticas deben ser las medidas que se tomen para poder controlar la situación.

Una razón es el aumento del número de personas que buscan trabajo. Esto ocurre porque los salarios calculados en términos reales están cayendo a pesar del crecimiento económico, lo que significa que, a la vista del aumento del coste de la vida, un salario por familia ya no es suficiente (una situación a la que se llegó hace años en el Tercer Mundo).

Considérese que en EEUU entre los años 1978 y 1988 se crearon 7.5 millones de nuevos empleos para mujeres, pero para 1988, 18.4 millones de hombres tenían trabajos con salarios a nivel de 1978. Durante la década en cuestión, los salarios cayeron para casi los dos tercios de los trabajadores de EEUU, hombres y mujeres; y no debemos olvidar que los 80 fueron uno años de crecimiento económico sin precedentes (y también irrepitable) (Edward N. Luttwark, *Centre of Strategic and International Studies*, Washington).

En la CE la situación es similar, y como consecuencia de esto, las mujeres casadas deben salir a trabajar como sus maridos. En el Reino Unido, solo estaban empleadas el 9.6 de las mujeres casadas en 1911. En 1971 el dato era del 42.3%. Hoy es más alto todavía y sigue aumentando. De acuerdo con la Comisión Europea, se requerirán 42 millones de nuevos empleos para el año 2010 para hacer frente al crecimiento de la fuerza de trabajo de la CE.

Si el número de personas que buscan trabajo debe aumentar, la disponibilidad de puestos de trabajo disminuirá. Esto es porque es económico sustituir gente por máquinas - uno de los métodos básicos de asegurar el desarrollo económico, un proceso que ha llegado ya tan lejos en la agricultura que en EEUU se alcanza la producción masiva con solo el 2% de su fuerza de trabajo. En las industrias norteamericanas más importantes, aunque la producción se incrementó en un 4.5% entre 1950 y 1970, no proporcionaron nuevos empleos de ninguna clase ('Dollars and Sense', *Envirmentalist for Full Employment*, septiembre de 1976).

En los años recientes ha sido el sector de los servicios (educación, bienestar, viajes, etc.) el que ha proporcionado la mayoría de los empleos. Desgraciadamente, sin embargo, estos empleos han sido automatizados también. El desarrollo de nuevos campos como la robótica, la inteligencia artificial, la imagería digital y el almacenamiento de datos está reduciendo empleos en el sector de los servicios. Lo que es más, son precisamente estas tecnologías las que el presidente Clinton está impulsando como medio de revitalizar la economía norteamericana (ver Jeremy Rifkin, *The New York Times*, 24 de febrero de 1993). Ya, como indica Rifkin, el servicio de Correos planea despedir a 47000 trabajadores en 1995 debido a que ya están disponibles nuevos ordenadores que serán capaces de leer cartas y clasificar el correo. ATT se propone sustituir unos 6000 operadores por robots que pueden distinguir ciertas palabras clave. Rifkin considera que 'la mayoría de los trabajadores norteamericanos están realizando tareas que pueden ser hechas por ordenadores, maquinaria automática y robots'.



El problema se complica por el hecho de que la mayor parte del sector servicios no es rentable, y debe ser apoyado por el gobierno, y como veremos, el gobierno es cada vez más incapaz de afrontar el crecimiento del gasto que genera. Otro problema es que las grandes corporaciones del sector servicios están dominando a las pequeñas, con el avance del desarrollo económico. Así, en el Reino Unido, los supermercados están reemplazando rápidamente a la pequeñas tiendas.

Tesco se propone abrir cada año 25 nuevos establecimientos. *Sainsbury's* ya controla un sexto de la alimentación del Reino Unido a través de sus 292 tiendas. Este volumen de negocios, habría generado en 37000 pequeñas tiendas de diferentes clases, según Richard Douthwaite (*La Ilusión del Crecimiento*, Green books, 1992), y hubiera empleado a 130000 personas a tiempo completo y 24000 a tiempo parcial, en comparación con las 38089 a tiempo completo y las 61912 a tiempo parcial que empleaba *Sainsbury's* en 1990. En otras palabras, la sustitución de tantos pequeños establecimientos por los supermercados *Sainsbury's* ha supuesto una reducción a la tercera parte en los empleos a tiempo completo, aumento casi del triple en los empleos a tiempo parcial y una reducción de un tercio en el número de empleos.

La tendencia al empleo a tiempo parcial, así como la sustitución de hombres por máquinas, se justifican como un medio de aumentar la eficiencia y la competitividad, que son vistas como condiciones *sine qua non* para el desarrollo económico. Es parte también de esta estrategia reemplazar hombres por mujeres, puesto que ellas aceptan trabajar por salarios más bajos ganando un 60 por ciento menos que los hombres en el Reino Unido y tienen menos aversión por el trabajo a tiempo parcial. Significativamente, en el Reino Unido, casi el 90% de los empleos creados desde 1970 han ido a parar a las mujeres, de manera que la mitad de la fuerza de trabajo es femenina, la mitad de la cual trabaja a tiempo parcial. El desempleo masculino es mucho mayor que el femenino -14.1% frente al 5.6% para las mujeres (Ver Karen & Rachel Borrel, "El nuevo proletariado", *The Independent*, 16 de mayo de 1993).

Por tanto, las mujeres no contribuyen con un suplemento a los ingresos del marido, sino que ahora lo sustituyen de manera importante. Difícilmente esta tendencia es socialmente aceptable. Esto puede aumentar el número de desempleados frustrados, mantenidos por sus mujeres, que ganan un salario miserable. No se sabe el efecto que pueda tener esto en la desintegración de la familia, la delincuencia o el alcoholismo. Yo dudo de que alguno de nuestros líderes políticos o industriales se hayan molestado en plantearse.

Todas estas tendencias se exacerbarán cuando se implementen todos acuerdos de libre comercio tales como el NAFTA, Maastrich (que proporciona el marco legal de la CE) y La ronda de Uruguay del GATT. Estos acuerdos se justifican de manera importante porque proporcionarán más empleos, pero no hay ninguna evidencia que justifique esta tesis.

Ciertamente, el comercio mundial de mercancías primarias y bienes manufacturados se ha incrementado 11 veces desde 1950, y sin embargo, las tasas de desempleo se han elevado en vez de caer durante este período. Esto no es sorprendente puesto que el libre comercio es sobre todo un mecanismo esencial para el futuro del desarrollo económico, lo que en particular se hace promoviendo el crecimiento de las corporaciones transnacionales que ya controlan ampliamente el comercio mundial.

Considérese que del 80 al 90 por ciento del comercio del té, café, coco, madera, tabaco, cobre, hierro o bauxita está controlado actualmente en cada caso por tres o seis corporaciones transnacionales. (Ver *Aspectos Ambientales de las Actividades de las Corporaciones Transnacionales un estudio*, -UN Centre of Transnational Corporations, New York 1985). Las barreras comerciales son fundamentalmente barreras a la expansión de estas grandes empresas. Eliminarlas es condenar a la



extinción a todos los pequeños granjeros, artesanos, pequeños comerciantes y, en general, pequeñas empresas sobre cuyos negocios tomarán posesión sin compasión. Esto, de por sí, aumentará el desempleo de manera importante. Por ejemplo, solo el tratado NAFTA expulsará de sus tierras a entre 5 y 15 millones de campesinos hacia el mercado de trabajo del interior de su país o de la frontera de EEUU. En los Estados Unidos, el NAFTA elevará aún más el desempleo, al desplazar las corporaciones sus fábricas hacia la frontera, para aprovechar, entre otras cosas, los increíblemente bajos salarios mejicanos.

El reciente informe publicado por el Comité de Finanzas del Senado Francés, bajo la dirección del senador Arthius, señala que el desempleo actual en Francia es consecuencia del traslado de las fábricas a países del Tercer Mundo, donde los salarios son una reducida fracción de los salarios franceses, y donde hay poca protección social (un fenómeno conocido en Francia como 'deslocalisation'). Arthius señala como la industria textil francesa, que proporcionaba 680000 puestos de trabajo hace 15 años, da ahora solamente 380000, y la del calzado, que proporciona actualmente 44000 en vez de los 84000 que aportaba, en gran parte debido al desplazamiento de las fábricas a países del Tercer Mundo, o a la compra de manufacturas a estos países. La firma de la Ronda de Uruguay del GATT solo puede acelerar masivamente esta tendencia.

"Se nos dijo que el libre comercio 'incrementaría nuestra productividad a través de la inversión y la innovación tecnológica", apunta William Pfaff (*The Internatinal Herald Tribune*, 7 de junio de 1993). "El libre comercio ha forzado la bajada de los salarios y la transferencia de la producción a países donde los salarios son más bajos. De esta manera, la búsqueda de eficiencia competitiva en los países avanzados durante los años 80 y 90 se ha tornado en una competición para crear desempleo y descender los patrones de trabajo y bienestar". Lo que hace esta situación más alarmante es, sin embargo, que el estado tiene cada vez menos capacidad para afrontar los costes del paro resultante. En el Reino Unido, en 1992, el gobierno gastó 71 mil millones de libras en seguridad social, un tercio del presupuesto del gobierno. Mientras, el desempleo costó 25 mil millones de libras en términos de subsidios, costes que no pueden hacer sino aumentar.

En la CE, en el mismo año, los 12 miembros gastaron 125 mil millones de ECUs en beneficios directos y programas de formación para parados, y no se sabe como se va afrontar este gasto si las tasas de desempleo aumentan a este ritmo. Pero el desempleo es solo una parte del problema. Un país sometido al desarrollo económico debe incurrir en toda clase de costes biológicos, sociales, ecológicos. Y esto se traduce de alguna manera en costes económicos.

Esto queda claro cuando se considera lo que implica realmente el desarrollo económico. En el mundo pre-desarrollado, los ecosistemas se autorregulaban. El hombre tradicional, ya fuera pastor o agricultor, modificaba solo una mínima parte del proceso ecológico. Procesos como la fertilidad del suelo, el control de las plagas, la reposición de los recursos hídricos, la prevención de las inundaciones, la eliminación de los residuos o la regulación del clima estaban garantizados por el funcionamiento normal de los procesos ecológicos. sin embargo, con el desarrollo, las corporaciones y las instituciones del estado han procurado manejar estos procesos, lo que, entre otras cosas hace que se hallan vuelto actividades monetizadas. De la misma manera, en una sociedad pre-desarrollada el hombre vivía integrado en una familia ampliada y como miembro de una pequeña comunidad cohesionada. Entre ellos, la familia y la comunidad eran autosuficientes, producían sus alimentos y sus enseres, los distribuían criaban y educaban a sus hijos cuidaban a sus ancianos y enfermos mantenían la ley y el orden y se gobernaban de manera eficiente con poca o ninguna interferencia de una autoridad central. Lo que es más importante, muchas de las actividades realizadas eran gratis. Los padres no cobraban por cuidar de sus hijos, y de manera muy similar, la gente de una comunidad cohesionada proporcionaba servicios a sus vecinos sobre la base de un trato no comercial.



Karl Polany, el gran historiador de la economía, vio que la distribución de los recursos dentro de una comunidad tradicional estaba gobernada por los principios de *reciprocidad* y *redistribución*. En el primer caso, se esperaba reciprocidad de aquellos que recibían algún servicio. En el segundo, se esperaba de las personas importantes que distribuyeran de otra manera subvenciones entre la gente, por ejemplo, dando fiestas. Cuando se trataba con gente ajena a la comunidad también se dieron transacciones comerciales en las que se buscaba optimizar el retorno de algún factor de la producción, pues el comportamiento competitivo implicado era difícil de reconciliar con la conducta cooperativa requerida entre los miembros de la familia y la comunidad. Las conductas desviadas eran raras, pues se evitaban de manera importante mediante la fuerza de la opinión pública, que reflejaba los valores tradicionales, método de control social que parece ser el único que hemos desarrollado.

Cuando surge desarrollo, las funciones que fueron siempre satisfechas por la familia y las comunidades han sido asumidas por las instituciones del estado y las grandes corporaciones. Las implicaciones de esto son dramáticas. La primera y más importante es que la familia y la comunidad, desprovistas de sus funciones, se atrofian necesariamente y la sociedad se atomiza. Los costes sociales que implica esto son enormes. Los niños que ya no se crían dentro de la familia y la comunidad se hacen emocionalmente inestables e se vuelven difíciles de educar. Recurren cada vez más al alcohol, las drogas y otros medios de aislarse de un mundo que son incapaces de asumir. Caen presos de enfermedades mentales y se entregan cada vez más a actividades autodestructivas y criminales. Estas son las consecuencias inevitables del empobrecimiento social que el desarrollo económico conlleva y cuyos costes debe afrontar nuestra sociedad de una manera o de otra.

Al hacerse cargo las corporaciones y las instituciones del estado de las funciones que previamente eran asumidas por las familias y las comunidades aparecen otras consecuencias serias: tecnologías aún más intensivas en capital y de mayor impacto ecológico. También la economía se dirige a mayor escala con un incremento mayor de la destrucción del medio ambiente. Por tanto, la sociedad tiene que asumir costes medioambientales que de nuevo toman forma de gastos de control de la contaminación, y otros medios para limitar los daños y la incidencia de accidentes relacionados con la contaminación, como los bajos rendimientos en las cosechas, la reducción de las capturas pesqueras, etc.

Es cada vez más evidente que el estado no podrá soportar por más tiempo el pago de los costes ecológicos, sociales, biológicos, etc. consecuencia del desarrollo. Tomemos el caso de las pensiones estatales. Costaron 25000 millones de libras en 1992 y se espera que lleguen a costar 28000 millones en 1995, cantidad que costará mucho encontrar. Pero todo este dinero se paga a una gente que en una sociedad predesarrollada sería cuidada de manera gratuita por sus familiares, y que tendría acceso a alimentos indispensables y servicios que la familia no podría proporcionar en una economía no monetizada.

En el Reino Unido, uno de cada cuatro niños nace en una familia monoparental, y se espera que dentro de 10 años un niño de cada dos se críe fuera de la familia convencional. Esta situación, que no existiría en una sociedad predesarrollada, es una consecuencia obvia de la desintegración. Cuesta 3500 millones de libras y se paga un 70% de subsidios suplementarios a las familias monoparentales que tiene aún menos posibilidades de afrontar bienes y servicios cada vez más monetizados.

Además, subsidios de invalidez, que se pagan a una población socialmente empobrecida que está condenada a vivir en condiciones ambientales que serán siempre desfavorables para la salud, costaron 3000 millones de libras en 1988, 6000 en 1992 y se espera que asciendan a 8000 en 1998. (*La Muerte del Estado del Bienestar*, Paul Routledge & Polly Ghazel, *The Observer*, 25 de abril de 1993). El estado no puede hacerse cargo. El estado del bienestar está siendo sistemáticamente desmantelado. De este modo, la sanidad gratuita ya no es disponible. Los precios se han incrementado en cuatro veces desde



1981. Los subsidios para alojamiento también se han reducido, y esto puede ser solo el principio. La situación es similar en casi todos los países de la CE. Los funcionarios de la CE saben que Europa no se puede permitir el nivel actual en los subsidios sociales. Si se implementa la Ronda de Uruguay del GATT, estos subsidios se tendrán que reducir drásticamente si se quiere que las corporaciones europeas sean competitivas con las que están situadas en países donde los costes laborales son mucho más bajos.

Si se implementa el tratado de Maastrich, también se reducirán drásticamente los beneficios sociales. La principal preocupación de quienes han diseñado el tratado es la estabilidad monetaria, lo que es visto como un requisito de que ningún gobierno **preste** más del 3% sobre su PNB. Esto proscribire los programas sociales, financiados con el déficit, minando de esta manera los fundamentos de la socialdemocracia, lo que se hace particularmente irónico cuando son los partidos socialdemócratas los que promueven el tratado entre sus electores.

Los economistas de la universidad de Bradford, Brian Burkett y Mark Bainbridge (ver Melanie Philips, *The Guardian*, 21 de mayo de 1993) consideran que los países de la CE tendrán que recortar sus gastos sociales entre 20 y 50 mil millones de libras. Calculan que en el Reino Unido el personal del servicio Nacional de Salud disminuiría en unas 50000 personas entre 1994 y 1996, el profesorado en 27000 al año durante el mismo período, descenderán enormemente los subsidios para familias y desempleados.

De acuerdo con el Dr Ul Haq, que en el 4_ informe de Naciones Unidas sobre el Desarrollo admite que nuestros problemas son tan inabordables que tendremos que 'replantearnos la sociedad' y aceptar cambios 'que serán difíciles de asumir por la gente'. Pero ¿cómo debe ser esta nueva sociedad?

Debe ser claramente una sociedad en la que haya empleo para todos, o al menos en la que cada familia pueda ganarse su sustento; una sociedad en la que problemas sociales como la delincuencia, el alcoholismo, la drogadicción, se reduzcan a un mínimo; una sociedad en la que el desembolso estatal sea asumible y una sociedad que sea sostenible, en el sentido de que pueda absorber los efectos en el entorno de sus actividades económicas.

Asegurar el nivel de empleo significa reducir el empleo de capital intensivo. Los mismos comisarios europeos han admitido recientemente que esto no lo puede hacer el crecimiento económico por sí mismo, sino que se requieren 'unas pautas de crecimiento en empleo intensivo en Europa'. Por supuesto que todavía insisten en el 'crecimiento' pero uno de los principales mecanismos del crecimiento es el cambio hacia una economía de mayor capital intensivo, así que ¿cómo se puede llegar a esto si procedemos al revés?

Si, por ejemplo, la agricultura se hace intensiva en trabajo, ¿qué ocurrirá con la industria de maquinaria agrícola o la industria agroquímica? Por supuesto, cambiar hacia una economía intensiva en empleo será cuestionada por muchos intereses industriales, pero si queremos que nuestra sociedad no se hunda por el peso del paro y de otros costes sociales, estos cuestionamientos se superarán.

Se objetará también que este cambio hará nuestra economía menos competitiva frente a la de nuestros rivales, pero ¿no podríamos llegar a acuerdos internacionales para reducir la intensidad de capital de las actividades económicas? Mal asunto, si no lo logramos. Podemos sobrevivir con un comercio menor. Lo hemos hecho en el pasado, pero lo que no podemos hacer es afrontar indefinidamente un desempleo creciente.

Un medio esencial de incrementar el empleo es diversificar la economía. Pero no podremos hacerlo a menos que dejemos de lado el principio de que lo que producimos y lo que importamos debe estar



determinado exclusivamente por consideraciones de contabilidad a corto plazo. Debido a que compramos el carbón en Colombia más barato, nuestras minas de carbón se van cerrando de manera irreversible. Como el material electrónico cuesta menos en Japón, nuestra industria electrónica está siendo sacrificada. Una vez que halla sido firmada la Ronda de Uruguay del GATT se podrá obtener más barato todo lo que hacemos en Inglaterra fuera, a menudo de países cuyos costes laborales son solo una fracción de lo que son aquí, y donde se fabrica todo con medios más perjudiciales para el medio ambiente de los que nos permitimos aquí. ¿Significa esto que debemos cerrar las fábricas y granjas y comprar todo fuera? ¿De dónde sacaríamos el dinero para comprar o pagar los subsidios a un desempleo cada vez más elevado?

Lo que es más, ¿cómo sabemos que el carbón colombiano o los equipos electrónicos japoneses serán siempre más baratos? La verdad del asunto es que no se puede decidir sobre lo que producimos y lo que importamos en base a los mecanismos del mercado, que son totalmente ciegos a consideraciones biológicas, ecológicas, estéticas o morales, y que solo responden a consideraciones económicas a corto plazo.

Al rechazar las 'ventajas comparativas' y la especialización, dejamos desprovistos a nuestros gobiernos y corporaciones de instrumentos clave que impulsan el crecimiento económico, por lo que tales políticas van a ser rechazadas por muchos intereses industriales. Pero, otra vez, no tenemos otra alternativa si queremos evitar el colapso social y crear una sociedad sostenible.

El problema es que haciendo nuestra economía menos intensiva en capital mediante la correspondiente diversificación y reduciendo la escala a la que se dirigen las actividades económicas, tendremos que reducir la productividad *per cápita* y por tanto el poder adquisitivo. Si adoptamos las propuestas de UI Haq de semana laboral de tres días, el poder adquisitivo sufrirá un descenso suplementario, y como el estado no será capaz de establecer ayudas, la única solución será crear condiciones en las que la gente pueda llevar una vida satisfactoria con menos dinero.

Tales condiciones solo se pueden dar en una sociedad compuesta por familias ampliadas, construyendo comunidades cohesionadas y que tengan acceso a la tierra. En tales condiciones, las familias podrán producir muchos de sus propios alimentos, su vestimenta y sus instrumentos, criar a sus niños y cuidar de sus parientes enfermos y sus ancianos, como se ha hecho hasta hace muy poco en la historia de los asuntos humanos. La mayoría de aquellos bienes y servicios que no puedan suministrar las familias se proveerían a través de la comunidad mediante el trueque o la compra por un precio que estaría determinado por factores sociales más que mercantiles.

La economía localizada es, por estas razones, probablemente la única en la que las actividades económicas puedan ser intensivas en trabajo y altamente diversificadas, y también proporcionaría sustento satisfactorio para todos. Es la única en la que los síntomas de empobrecimiento social están más ausentes -lo que puede ser verificado empíricamente por todos aquellos que hayan visitado comunidades tradicionales en las zonas donde ha sido posible permanecer durante largo tiempo fuera de la órbita de la economía industrial.

Que esto sea así no es sorprendente, desde el momento en que uno se cría en una familia afectuosa y en una comunidad cohesionada donde las necesidades psicológicas se satisfacen mejor, se trabaja integrado en una economía familiar y comunitaria, lo que tiene mucho más sentido para las personas, un sentido que se pierde en cuanto se trabaja en una gran fábrica que pertenezca a algún consorcio extranjero. En una sociedad cuyo tamaño permita la autosuficiencia se requiere una intervención del estado menor, y no hace falta decir que en una sociedad así las actividades económicas tienen el



mínimo impacto ambiental, como bien saben los ambientalistas, y es la única sociedad que es realmente sostenible.

¿Podremos crearla? Aunque nuestro gobierno y los principales industriales hagan todo lo que puedan para evitarlo, se creará por sí misma. Mientras el estado y la economía global se van disgregando, la gente sólo sobrevivirá creando este tipo de sociedad. Esto se está haciendo ya en las ciudades de África Subsahariana y de Sur América, donde no sobreviviría el grueso de la gente sin la economía informal, a pesar de todos sus defectos. La economía informal también se va desarrollando rápidamente en muchas ciudades asiáticas, y de manera creciente en el mundo industrial occidental. La cuestión es si la transición será ordenada o caótica, y también si será lo suficientemente rápida como para evitar discontinuidades sociales y ecológicas serias. Por ello, se requerirán líderes destacados que hallan brillado por su ausencia, pero sobre todo de gran cantidad de gente concienciada con las consecuencias que los cambios implican. Por esto es fundamental una presión pública a escala desconocida hasta ahora aplicada a nuestros irresponsables líderes políticos e industriales para que se impongan los cambios necesarios.